

HISTORIA

DE LA PROVINCIA

DE LA COMPANIA DE JESUS

DE

NUEVA ESPAÑA.



LIBRO II.

SUMARIO.

Progresos de los estudios en el colegio de México. Lee el padre Pedro Sanchez casos morales en el arzobispado. Cristiana humildad del Sr. arzobispo. Pretende el virey que lea en la Universidad el padre Hortigosa, y gradúase en ella con el padre Antonio Rubio. Ministerios en Pátzcuaro y sus gloriosos frutos. Ministerios en Oaxaca. Celébrase en México la primera congregacion provincial. Curso de filosofia por el padre Antonio Rubio. Envía el Sumo Pontífice un gran tesoro de reliquias al colegio de México. Incendio en Pátzcuaro, y amor de aquellos naturales á la Compañía. Inténtase la traslacion de la Catedral de Pátzcuaro á Valladolid. Descripcion de esta ciudad, y principios de aquel colegio. Inquietud de los naturales con esta ocasion, que sosiegan los jesuitas. Mision del padre Concha á la Puebla de los Angeles, y principios del colegio del Espíritu Santo. Solemnes fiestas en la colocacion de las santas reliquias. Aumentos del colegio de Valladolid. Principios de fundacion en la antigua Veracruz, y descripcion de aquel puerto. Dáse razon de no haberse encargado hasta aquí la Compañía de ministerios de indios. Principios de ellos en Huixquiluca. Nuevo socorro de misioneros, é historia singular del padre Alonso San-

chez, y novedades que introduce en lo doméstico. Cédula de concordia en los estudios de la real Universidad y del colegio máximo. Llegá el padre Dr. Juan de la Plaza, primer visitador de la provincia, con el hermano Márcos. Carácter del padre Plaza. Tentacion del padre Lanuqui y algunos otros. Pide el Illmo. Sr. arzobispo de Mazila jesuitas para Filipinas, y compendiosa descripcion de aquellas islas. Principios de la fundacion de Tepotzotlán y sus efectos. Mudanza en el seminario de S. Pedro y S. Pablo. Ministerios en los demas colegios: Fundacion del seminario de S. Gerónimo. Muerte de D. Alonso de Villaseca, y su elogio. Muerte del hermano Diego Trujillo, y estado del colegio de la Puebla. Intenta el Sr. arzobispo dar á la Compañía el seminario de S. Juan de Letran. Auto de la real audiencia para que se encargue la Compañía del seminario de S. Pedro y S. Pablo. Mision en Guatemala y en las villas de Zamora y Guajuato. Pretende la Compañía ausentarse de Tepotzotlán, preséntanse los indios al Sr. arzobispo, y auto honorífico de su Illma. en el asunto. Ocupacion de los misioneros de Filipinas, y embajada del padre Alonso Sanchez á Macao, sus trabajos y feliz éxito. Reunion de los seminarios de S. Bernardo, S. Gregorio y S. Miguel en el famoso colegio de S. Idefonso. Seminario de S. Martin en Tepotzotlán. Pretende el visitador D. Pedro Moya de Contreras se gradúen los jesuitas en la Universidad sin propinas. Aumentos de los colegios de Pátzcuaro, Puebla y Valladolid. Sucesos de Filipinas y nuevos misioneros. Concilio quinto mexicano. Segunda congregacion provincial, y mision á Teotlalco. Principios del colegio de Guadalajara, y descripcion del pais. Noviciado en Tepotzotlán. Partida del arzobispo y virey D. Pedro Moya de Contreras. Sucesos de Filipinas. Viage á Europa del padre Alonso Sanchez. Ventajoso establecimiento del colegio del Espíritu Santo por D. Melchor de Cobarruvias, y breve descripcion de aquella ciudad.

La recluta de los nueve sugetos en que se habia aumentado la nueva provincia, era la mas á propósito del mundo para llevarla á su perfeccion, y darle todo aquel lucimiento, y todo aquel crédito de que se necesita por lo comun en los principios de las grandes empresas. Se determinó como dijimos, que el padre Pedro de Hortigosa prosiguiese ó comenzase de nuevo con la misma juventud el curso de artes que habia comenzado el año ántes el padre Pedro Lopez. La profunda

Progresos de los estudios en el colegio máximo.

erudicion de este insigne maestro, su prudencia y destreza en manejar los fondos de la América, y la emulacion de los distintos seminarios, parecieron desde luego en las públicas funciones con aplauso de la real Universidad y cabezas de la República, que se distinguieron en grandes demostraciones de sólido aprecio. El Sr. arzobispo, no pudiéndose resolver á que la luz de tanta doctrina se limitase á sola la juventud en los privados estudios del colegio, en que á muchos por sus ocupaciones ó su carácter les seria imposible, ó pudiera parecer indecorosa la asistencia; determinó que alguno de los padres leyese la teología moral en su mismo palacio. Escogió para esta importante ocupacion al padre Pedro Sanchez, que en medio de los grandes afanes del gobierno de la Provincia, se encargó con gusto de un cuidado tan provechoso. Juntaba su ilustrísima todo su clero en dias determinados, y asistia personalmente á oír de boca del padre los principios de la moral cristiana, las resoluciones de casos prácticos, que se proponian con la mas humilde atencion. Así debemos entender las palabras del maestro Gil Gonzalez Dávila, en su Teatro eclesiástico de la América, cuando dice: „que este señor, deseoso del aprovechamiento de su „clero, pidió del padre Pedro Sanchez leyese el catecismo en su palacio, „y que el mismo arzobispo era de los oyentes.” Sin duda por la palabra *catecismo* debió de entender, no precisamente la exposicion de las doctrinas y artículos de nuestra fe, sino todo el fondo de la doctrina evangélica, aun en la parte que mira á los preceptos y obligaciones en que nos empeña la profesion del cristianismo. No contentó aun este ejemplar prelado con una distincion tan ruidosa, reconociendo en las mismas conferencias morales la falta que le hacia el método, la precision y el orden de la filosofia y la teología escolástica, quiso que el padre Hortigosa le leyese privadamente una y otra. Sin embargo del grande peso de la mitra, daba lugar bastante á este penosísimo género de literatura. Hacia muchas veces el honor de convidar á su mesa á algunos maestros de la Universidad y de las religiones para gustar de su erudita conversacion, y de las disputas escolásticas que hacia nacer con arte entre los manjares. Esta especie de actos literarios era tal vez con mas formalidades, retirándose á la granja de Jesus del Monte en tiempo de vacaciones, donde como uno de nuestros hermanos estudiantes se dedicaba enteramente á la tarea de lecciones, repeticiones, conferencias y demas ejercicios de la escuela. Raro ejemplo de sinceridad, que prueba bien cuánto la cristiana humildad

es propia de las grandes almas. No fué tan fácil á la Compañía condescender á la honra que quiso hacerle el Sr. virey, como lo habia sido dar gusto al Illmo. arzobispo. Intentó S. E. que el curso de filosofia lo leyese el padre Hortigosa en la real Universidad, y que allí mismo continuase despues la teología. Muchas otras personas graves, y aun no pocos miembros del claustro, convenian en lo mismo; parte por hacer este honor á la religion; y parte por evitar los disturbios que pudieran nacer en la serie de los tiempos sobre el mútuo embarazo de unas y otras lecciones. Esta razon es por sí misma de tanto peso, que en fuerza de ella se ha visto despues obligada la Compañía, en tiempo de los reyes católicos D. Felipe IV y D. Carlos II, á admitir las dos cátedras de prima y vísperas de que SS. MM. se dignaron hacerle merced en las famosas Universidades de Salamanca y Alcalá. Sin embargo, la modestia de nuestros primeros fundadores no se determinó á aceptar este honor, y para precaver las funestas consecuencias de una discordia entre los estudios, se resolvió ocurrir á S. M. para que diese á nuestras escuelas un establecimiento sólido, y con que ponerse siempre á cubierto de cualquiera contraria pretension; no porque hubiese entónces ni haya habido despues razon alguna de temerlo de parte de la real Universidad, con quien se ha corrido siempre en una perfecta armonía, y que ha reconocido en nuestros estudiantes una entera sujecion á sus prudentísimos estatutos, y una materia fecundísima de sus mayores lucimientos. Uno y otro artículo, quiero decir, tanto el empeño de no admitir en la Universidad cátedra alguna, como la subsistencia de los estudios públicos en el colegio máximo, ha sufrido en parte alguna variacion que tendrá oportuno lugar en otro pasage de nuestra historia. Pero ya que no se pudo omitir aquella honra, tampoco se pudo resistir á las grandes instancias con los señores arzobispo y virey pretendieron que á lo menos los dos insignes maestros Pedro de Hortigosa y Antonio Rubio recibiesen el grado de doctores, como se ejecutó con grande aplauso y aceptacion de todos los miembros de la real Universidad, y singular honor de la Compañía.

No eran menores los progresos en los espirituales ministerios, tanto en México como en Pátzcuaro y en Oaxaca. En la capital de Michoacan correspondia maravillosamente el fruto á la espectacion con que habian sido recibidos en ella los jesuitas. La escuela de niños, que cultivaba con el mayor esmero el hermano Pedro Ruiz de Salvatierra, era un taller donde se formaban desde los primeros años muy ajusta-

Ministerios  
en Patzcuaro

dos cristianos, aun entre los indios, cuya amable simplicidad favoreció no pocas veces el Señor, aun á costa de algunos prodigios. Se estableció desde luego el uso de las misiones circulares por los pueblos vecinos, ocupacion en que florecieron en este colegio hombres insignes, heredando, digámoslo así, unos de otros el fervor y el espíritu apostólico, de quienes esperamos hablar mas largamente en otra parte. Un solemne jubileo que se publicó este año, ofreció buena ocasion para comenzar con esplendor este ejercicio. El confesonario y el púlpito partian todo el tiempo de nuestros operarios. El primer cuidado fué traducirles en lengua tarasca las oraciones y la esplicacion de nuestros dogmas y preceptos, de que habia mucha ignorancia en los pueblos algo distantes. Se les procuró introducir el uso santo de cantar la doctrina cristiana, en que entraron con tanto ardor, que en las calles y plazas, y aun trabajando en sus oficios ó labranzas del campo, se oian incesantemente los misterios de la fé, haciendo unos pueblos á competencia de otros, grandes progresos en esta sabiduría del cielo. La veneracion en que tenian á su sacerdote y hechiceros, era uno de los mayores obstáculos á su salud. Estos fanáticos, fingiéndose en hombres inspirados, les amenazaban con la muerte y con la desolacion de sus tierras, y publicaban tener en su mano la salud, la riqueza y la fertilidad, cuyas vanas esperanzas vendian muy caras á aquella gente infeliz, haciéndola servir á su ambicion, á su sensualidad y á su codicia. Esto fué lo primero que procuraron estirpar los misioneros, espuniéndose á todos los resentimientos de aquellos ministros del infierno, que llegaban á experimentar no pocas veces; pero el Señor por otra parte autorizaba sus empleos apostólicos, y disponia en su favor los corazones de los pueblos. En uno de ellos, estando el padre bendiciendo agua en la sacristía, entraron muchos indios estremadamente afligidos del estrago que los ratones causaban en sus cementeras, sin que hubiese bastado á esterminarlos diligencia alguna. Suplicábanle que pasase á visitar personalmente sus heredades, creyendo que á la presencia de un ministro de Dios cesaria aquella calamidad. La viva fé de aquellos nuevos cristianos animó la del padre, y saliendo á la iglesia les hizo una breve exhortacion sobre los desórdenes de su vida, fuente ordinaria de los temporales trabajos. Hízoles luego traer muchas vacijas y cántaros, y bendiciéndoles, les mandó que echasen de aquella agua santa en sus milpas, nombre que dan á las cementeras del maíz. El Señor, segun su palabra, concurrió al fervor y devocion

de aquella gente humilde y afligida, y pasando poco despues por aquel pueblo el misionero, le dieron las gracias del alivio de sus miserias y felicidad de la cosecha.

Los indios, que segun costumbre, guiaban á los padres en los caminos, no pocas veces con un piadoso engaño, los estraviaban y hacian pasar por otros pueblos de donde ellos eran, ó donde habian tratado conducirlos, á instancias de sus habitantes. Los hombres de Dios se dejaban gustosamente engañar con este inocente artificio, de que tal vez se valia el Señor para la salud de sus escogidos. En un pueblo, como legua y media de Pátzcuaro, les salió arrastrándose al camino una india anciana, que estando ya desauiciada, y en los últimos términos de la vida, supo que pasaba por el lugar un padre, y anteponiendo al cuidado de la vida temporal el de la eterna, habia salido á confesarse. Estraño espectáculo, sobre que no podemos dejar de admirar las fuerzas de la gracia, y de hacer un triste paralelo con la delicadeza y el orgullo de los poderosos del mundo. El padre, dando á Dios muchas gracias de tanta fé y de tanta piedad, la confesó, la consoló y la animó con la esperanza bien fundada de su predestinacion y de su dicha, que pasó á gozar (segun podemos creer) dentro de pocos instantes. Llegando á otro pueblo concurrieron en gran número los paisanos con grandes demostraciones de veneracion y de júbilo, pidiendo á los padres les hablasen algo de Dios y de lo perteneciente á sus almas, de que en mas de quince años no habian oido una sola palabra. La hambre piadosa de los oyentes hizo esperar el gran provecho con que recibirian el pan de la celestial doctrina, como se vió desde luego en las confesiones y ejercicios de piedad á que se entregaron. En otro, no bastando los ruegos para detener al misionero que pretestaba la necesidad de anunciar el reino de Dios á otros lugares, determinaron escribir al padre rector de Pátzcuaro para obligarlo á detenerse otros dos dias. Santa importunidad que el padre no pudo dejar de agradecer, y á que correspondió el cielo con abundantes bendiciones de inmenso fruto. El pueblo principal á que se destinaba la mision estaba sumergido en un profundo abismo de supersticion y de desorden. Parecióles á los padres, para esplicarme con sus propias voces, que como en otro tiempo á S. Pedro, se les tendia á la vista un lienzo lleno de bestias fieras, y de las mas ponzoñosas savandijas. La echiceria, la embriaguez y supersticiosa consecuencia, la mas torpe sensualidad, estaban cuasi santificadas de la costumbre. Trabajóse por algunos sin que hu-

biese aun alguna esperanza de remedio. El principal cacique era el mas interesado en la venta de los pulques (así llaman á una especie de vino ó licor fuerte que estraen de la planta del maguey) y su pernicioso ejemplo arrastraba todo el lugar. Este mismo dispuso Dios que fuese el instrumento de la reforma. Uno de aquellos dias, saliendo del sermón, en que el orador habia declamado contra este vicio con extraordinaria energía, tocado de la gracia, mandó luego derramar todo el pulque, quebró las cubas donde se guardaba y los instrumentos necesarios á su extraccion. Mandó asimismo pregonar en el pueblo que todos hiciesen lo mismo, só pena de ser públicamente azotados los transgresores, como lo ejecutó con la mayor severidad en lo de adelante. Omitimos otros muchos casos que hallamos en los antiguos manuscritos, que con lo edificante juntan mucho de maravilloso, no por que hagamos alarde de la incredulidad conforme al espíritu del siglo, sino porque juzgamos deberse acomodar mejor en las vidas de los varones ilustres por cuyo medio se obraron, de que esperamos formar el último tomo de esta historia.

Ministerios  
en Oaxaca.

En Oaxaca, muy desde sus principios, se habia encargado la Compañía de la administracion espiritual de un pueblo vecino á la ciudad que dá su nombre el valle de Xalatlaco. Con esta ocasion eran muchos los indios que venian aun de otros pueblos á oír la palabra de Dios, y no menos abundante el fruto. En dicho lugar una india jóven habia sido por algun tiempo escandalosa red de muchas almas. Oyendo una de aquellas piadosas exhortaciones se confesó con extraordinarios afectos de compuncion, y con tan eficaz deseo de enmendarse, como manifestó despues con mucho mérito. En efecto, á pocos dias la memoria de los pasados placeres comenzó á darle una guerra tan viva, que sin alguna tregua dia y noche la ponía en un riesgo evidente de desesperar. Entregóse por direccion del confesor á los ejercicios de la mas áspera penitencia. Eran frecuentes y rigurosos sus ayunos, diarias y sangrientas sus disciplinas, continuo el silicio, fervoroso y humilde su recurso al Señor; sin embargo, aun no se apagaba la llama con que queria el cielo probar su fidelidad ó inspirarle una saludable desconfianza. Se tomó el trabajo de subir descalza con una pesada cruz sobre los hombros el repecho de un monte bastantemente declive y fragoso. Se consagró al servicio del hospital, donde entre los ascos y los espectáculos mas tocantes á la miseria humana, se le olvidase y borrarse enteramente aquella molesta impresion del deleite. No hallando reme-

dio en tantos piadosos ejercicios, determinó hacer, digámoslo así, el último esfuerzo del valor. Habia entre los enfermos uno asquerosísimo, cuya cabeza encancerada era un manantial de podre y de granos. El hedor no era soportable aun á alguna distancia. La india afligida sentia en sí todo el horror de la naturaleza en solo acercarse á su lecho; pero animada de su mismo peligro, y llevada de un extraordinario impulso de la gracia, se arrojó á lamer la llaga hedionda, y lo que apenas se puede creer, perseveró en este ejercicio una semana entera, hasta que sacudió aquella peligrosa tentacion. Accion admirable que aun en el grande apóstol de la India se hace mucho lugar á la atencion, y que alcanzó de Dios, justo reconocedor del mérito, el singular privilegio de no sentir en lo de adelante las rebeldías de la carne. A otra india principal le habia atraído su hermosura la persecucion de un noble y poderoso, á que habia resistido con heróico valor algunos años. En tanto interválo de tiempo, y en la cualidad del pretendiente, es fácil imaginar los artificios, las amenazas, las mediaciones y promesas que haria jugar para sus vergonzosos designios. Finalmente, á pesar del recreo y cuidado que ella ponía en robarse á sus ojos, hubo de lograr con no se qué ocasion la de hablarle y preguntarle el motivo de tanta resistencia. La virtuosa doncella, que asistía con frecuencia á la explicacion de la doctrina y á recibir los sacramentos en nuestra iglesia; y qué, señor, le respondió, ¿no habéis oido decir á los padres que de que se llega á la santa comunión se hace un cuerpo con Jesucristo? y ¿permitiréis que yo haga esta injuria al Señor que frecuentemente recibo, haciendo servir el mio á la deshonestidad? Estas graves palabras bastaron para contener á aquel libertino, y librarla para siempre de su importuno amor. Ni eran los indios solos los que se aprovechaban tan bellamente de aquellas fervorosas exhortaciones. Una señora de lo mas noble del pais, aunque lo manifestaba poco en su vida licenciosa, vino por este mismo tiempo á confesarse. Su amargo llanto daba bien á conocer las disposiciones de su espíritu. Habia oido pocos dias ántes un sermón en que el predicador habia ponderado con grande energía aquel testo de S. Pablo, que el pecador vuelve á sacrificar al hijo de Dios. La imágen de Jesucristo, á quien le parecia habia crucificado tantas veces, hizo por entónces mucha impresion en su alma; pero concurriendo poco despues con aquel la misma persona que habia sido hasta entónces el motivo de sus disoluciones, cedió facilmente á su inclinacion. Divertíase con él á deshoras de la

noche en sus amatorias conversaciones, cuando repentinamente sin viento ó alguna otra causa que pudiera ocasionarlo, se apagó la luz que los alumbraba. ¡Saludable obscuridad que fué todo el principio de su dicha! Determinó pasar á encender la luz á otra cuadra, y habia de pasar forzosamente por una pieza grande obscura y sola. El suceso mismo de haber faltado la luz, que tenia no se qué de maravilloso y extraordinario, el silencio de la noche, la oscuridad, el pavor tan natural á su sexo, y mas que todo, el mal estado de su conciencia, junto con la memoria de aquel pensamiento que poco ántes habia agitado su espíritu, todo esto, digo, le perturbó la imaginacion de tal manera, que le pareció que veia, ó vió en realidad, á Jesucristo clavado en la cruz y bañado en la sangre que corria de sus llagas aun recientes. Este espectáculo la deshizo en dulcísimas lágrimas, y vuelta al cómplice le suplicó por último favor que la dejase llorar las culpas que él habia ocasionado; y hecha un sincera confesion, vivió despues ejemplarmente el resto de sus dias.

Primera congregacion provincial.

Con tales sucesos como estos, bendecia Dios los trabajos de nuestros operarios. De todas partes venian al padre provincial noticias que lo llenaban del mas sólido consuelo, y creyendo que causarían este mismo efecto en el ánimo del padre general Everardo Mercuriano, y de todos los jesuitas de Europa, determinó no tenerlos mas tiempo privados de tan agradables maestros. Junió congregacion provincial para elegir procuradores á las dos cortes de Roma y Madrid. Esta providencia, fuera de estar muy recomendada en nuestro instituto, pareció necesaria en las circunstancias de una nueva provincia para la confirmacion de los colegios, asignacion de sus respectivos rectores, y una individual relacion de sus progresos. Debian pedirse varios reglamentos para lo venidero á nuestro padre general, y darse cuenta muy exacta al rey católico de una obra que S. M. habia querido mirar como suya y promover con tanta dignacion.

Los únicos vocales de semejantes asambleas, segun nuestras constituciones, deben ser los profesos de cuarto voto. Pero en treinta sujetos, ó poco mas, de que entónces se componia la pequeña provincia, no se hallaba de este carácter sino uno solo, fuera del padre provincial, que era el padre Pedro Diaz. Tanto se ha juzgado siempre digna de aprecio esta cualidad en la Compañía. El padre Dr. Pedro Sanchez, para suplir este defecto, nombró consultores de provincia y admonitor suyo. A estos, dice el padre Juan Sanchez en un retazo de historia

que nos ha quedado de su mano, se dió voto en congregacion que con tanta simplicidad y lisura se procedia en aquel tiempo, y juntos todos, que fueron cinco, eligieron por procurador al padre Pedro Diaz, actual rector del colegio de Oaxaca, sugeto capaz de dar en aquellos grandes teatros mucho crédito á la provincia, y de manejar con aire los importantes asuntos de que se habia encargado. Se le dió por substituto al padre Alonso Ruiz, que un año ántes habia venido de la Europa. Esta fué la primera congregacion de la provincia de Nueva-España, celebrada el 5 de octubre de 1577. Por estar ya tan avanzada ácia el invierno la estacion, no pudieron los navíos salir de Veracruz hasta la siguiente primavera. Fuera de los domésticos negocios llevaban á su cuidado algunos otros del Sr. arzobispo, y muchos curiosos presentes de este prelado para el Sumo Pontífice Gregorio XIII, en que no tanto hacia alarde de sus rentas y riquezas como de la veneracion y respeto con que reconocia y protestaba la dependencia y union á la soberana cabeza de la Iglesia. Imágenes muy esquisitas de pluma de diversas especies, de bálsamos, piedras besoares, singulares raices, y otras cosas medicinales; grande accion de piedad, en que conforme á la antigua disciplina se hizo servir á la religion y á la fé lo que sacrifica el mundo á su profanidad y ambicion. A fines de este mismo mes comenzó á leer su curso de filosofia el padre Dr. Atonio Rubio. Los grandes aplausos que tuvo este docto escritor en la América, merecen que se haga de él esta particular memoria. Despues de algunos años de cátedra, que gastó en pulir aquellas mismas doctrinas, partiendo á Roma de procurador de la provincia, imprimió en España el celebrado curso filosófico que ha eternizado su nombre. La Universidad de Alcalá por auto muy honorífico á la Compañía y al padre Rubio, mandó que todo los cursantes de aquella famosa academia, siguiesen aquel mismo plan de filosofia con grande gloria de la Universidad de México, de cuyo gremio salió tan celebrado maestro.

El padre procurador Pedro Diaz con el hermano Martin Gonzalez, despues de una larga detencion, salieron de S. Juan de Ulúa y con próspera navegacion llegaron á Cádiz. En México á principios del año de 1578, ó á fines del año antecedente, se habia remitido de Roma un riquísimo tesoro de reliquias. La Santidad de Gregorio XIII llevado de aquel paternal amor que mostró siempre á la Compañía, sabiendo como trabajaban por la gloria de Dios en estas partes de la América, quiso excitar su fervor, y animar la fé recien plantada en

estos reinos con los preciosos despojos de muchos santos, que desde sus primeras cunas ha conservado con veneracion la Iglesia santa, como pruebas de la verdad de nuestra religion, como memorias de su virtuosa vida, y como prendas de su resurreccion gloriosa. Para este efecto, dió facultad á nuestro M. R. P. general Gerardo Mercuriano, para que de los inmemorables sepulcros y memorias antiguas que conserva y venera aquella pátria comun de los mártires, estrajese reliquias y las remitiese en su nombre á las provincias de Indias. A la de México, se remitió desde el año de 1575 una crecida cantidad en un aviso de España, que naufragó á la costa de Veracruz. La gente de mar se apoderó de aquel rico tesoro, que apénas apreciaba sino por los esteriore adornos. A pocos dias de verse libre del naufragio por la pasada fatiga y el poco favorable temperamento de aquel puerto, se apoderó de ellos una epidemia de que morian cada dia muchos. Los que habian repartido entre sí las reliquias, dieron parte al comisario del santo oficio, que allí residia, añadiendo que los cajones en que venian, segun el rótulo, parecian pertenecer á los padres de la Compañía. Restituyó cada uno lo que habia tomado, y el comisario las remitió luego á México, donde se recibieron con grande veneracion; pero con el pesar de no poderlas esponer al público culto por la falta de auténticas ó certificaciones necesarias, de cuya conservacion no habian cuidado los marineros. Dióse á Roma noticia del naufragio, pidiéndose nuevas auténticas; pero S. S. quiso añadir otro nuevo favor, mandando estraer mayor porcion de ellas, que llegaron con felicidad. Muchas vinieron insignes por su magnitud, y muchas por los santos de cuyos cuerpos se tomaron. Entre estas, las mas especiales fueron una espina de la corona de nuestro Salvador, un Lignum Crucis, otras del vestido de la Santísima Virgen, de su castísimo Esposo y de Señora Santa Ana. Dos de los príncipes de los Apóstoles S. Pedro y S. Pablo, y once de los restantes: veinticuatro de santos confesores, catorce de santos doctores, veintisiete de algunos santos particulares, cincuenta y siete de santos mártires de nombre conocido, con otras muchas, que por todas eran doscientas y catorce de algunos bienaventurados, cuyos nombres ignora la Iglesia Militante, y espera leer en el libro de la vida. Luego que se recibieron en casa, conformándose á la disposicion del Sacro Concilio Tridentino, se dió parte al Illmo. Sr. D. Pedro Moya de Contreras, que pasó luego á reconocerlas y las adoró el primero. Estuvieron por algun tiempo en una decente pieza interior del colegio,

interin se disponia lo necesario para la colocacion, en que se interesó la ciudad para hacerlo con el aparato mas magnífico que hasta entonces se ha visto en la América. En presencia de aquel sagrado depósito, (dice un antiguo manuscrito de aquellos tiempos) pasaban los nuestros muy largos ratos de oracion, y se experimentó en todos un nuevo y sensible fervor, que se atribuia justamente á la intercesion de aquellos amigos de Dios, á quienes ha querido honrar S. M. excesivamente.

Miéntas que en México se disponia todo para una funcion ruidosísima en la colocacion de las santas reliquias, cuyos preparativos ocuparon cuasi todo el año, en Pátzcuaro un voraz incendio consumió una gran parte de nuestra Iglesia, y habria acabado con toda ella si no lo hubiera impedido la gran diligencia de los indios. Ellos dieron en esta ocasion una prueba bien sensible del grande amor que profesaban á la Compañía. Cayó un rayo en la techumbre de nuestro templo, que habia sido, como dijimos, la antigua Catedral. Su maderaje antiguo y seco, y un viento fuerte que reinaba del Sur, animaban la llama. Los truenos y centellas eran frecuentes y espantosas. Iglesia y colegio se tenia muy en breve reducido á cenizas. Los padres en aquella repentina consternacion, no habian podido poner en salvo cosa alguna. La intrepidez de los tarascos suplió á todo. Divididos en tres tropas que conducian los tres principales caciques de la ciudad, unos tomaron á su cargo transportar los muebles de la casa: otros con mayor peligro desalojar los altares y asegurar las alhajas de la Iglesia; otros finalmente, mas valerosos, montaron las paredes armados de los instrumentos necesarios para destrozár el artesonado, y de mantas, capotes y otros géneros mojados, y muchos cubos de agua para sofocar la llama, como en efecto lo consiguieron, sin muerte ó fatalidad notable. El valor, la actividad, y sobre todo, el orden con que se ejecutó, hubiera sido admirable en la gente mas disciplinada y mas culta de la Europa. Los padres volviendo al colegio, no hallaron sino las paredes enteramente desnudas. Del techo de la Iglesia se habia consumido una gran parte; la mayor y principal se habia preservado. Gustosamente daban por perdidos los padres los muebles de la casa. Sentian los vasos sagrados y demas alhajas de sacristía; pero no era posible averiguar donde estaban, ni por otra parte querian ofender á aquellos mismos á quienes se confesaban agradecidos. Poco les duró este embarazo. Serenado todo aquel alboroto, y reconocido á su satisfaccion todo lo que necesitaba de reparo, con el mismo orden fueron restituyendo cuanto

Incendio en Pátzcuaro.

habian llevado. Una estampa, una pluma no faltó, con grande admiracion y reconocimiento de los padres.

Fué mayor aun su sorpresa cuando los tres caciques despues de haber tomado sus medidas y conferenciado con los de su nacion, volvieron á presentarse al padre rector. Este les dió muy afectuosas gracias por el importante servicio que acababan de hacer al Señor y á la Compañía; pero ellos que no tanto querian mostrarse acreedores al agradecimiento, quanto empeñarse en nuevos servicios: „Por mucho, dijeron, que á tu buen corazon parezca, padre, que hemos hecho nosotros en preservar de su total ruina la casa de Dios y la vuestra, á nosotros no nos parece haber cumplido con nuestra obligacion, mientras vemos desechada y espuesta á las injurias del tiempo vuestra Iglesia. Este edificio lo levantaron nuestras manos. A ellas pertenece tambien repararlo. Tiene tambien para nosotros la grande recomendacion de haber trabajado en ella el primer pastor y padre de nuestras almas, y estar ahí sepultado su cuerpo venerable, cuya atencion, prescindiendo de cualquiera otro motivo, seria bastante para empeñarnos á procurarle toda la decencia que alcanzan nuestras fuerzas. Solo te pedimos, pues, nos hagas el honor de reedificarlo á nuestra costa. Sabemos las cortedades que padeceis, y podeis estar seguros, que en esto no os hacemos favor alguno, ni miramos sino á nosotros mismos, y á todo este gran pueblo, á cuyo bien os habeis enteramente dedicado, y en cuya utilidad ceden todos vuestros saludables ministerios.” El padre rector agradeció, como debia, tan singular atencion á los caciques. Y en efecto, aunque algunas otras piadosas personas concurren de su parte con algunas limosnas, todas ellas no habrian bastado sin la liberalidad de los indios. Se emplearon en esta obra mas de quinientos. Venian por las mañanas á trabajar, y salian al campo coronados de guirnaldas de flores, y de la misma suerte conducian á la Iglesia las maderas, con música de sus clarines y flautas, como consagradas al culto de Dios, en que mostraban al mismo tiempo la piedad y la alegría, que tanto aprecia el Señor en las dádivas que se ofrecen á su culto. Con semejantes trabajadores, dentro de muy poco se renovó y aun mejoró la fábrica de nuestro templo, de que algunos dias despues tuvieron mucho que sentir y en que manifestar de mil modos la afliccion y singular aprecio que hacian de los jesuitas.

Inténtase la traslacion de Habia determinado por este mismo tiempo el Ilmo. Sr. D. Fr. Juan de Medina Rincon, que actualmente presidia aquella Iglesia pasar de

Pátzcuaro á Valladolid la Catedral de Michoacán. Habiáse intentado esta traslacion desde el tiempo del Sr. D. Antonio Morales, segun pastor de aquella Iglesia. Obtúvose la bula de S. S. y la licencia del rey católico; pero las dificultades con que se tropezaba en la ejecucion, fueron tantas, que dicho Sr. pasó, como vimos, al obispado de Tlaxcala sin haberse podido resolver á poner en práctica sus designios. El Sr. D. Juan de Medina, que le sucedió en el obispado, y fomentaba el mismo deseo, tuvo que luchar algun tiempo con muchos de los republicanos, y los mas ancianos de su cabildo, que no podian resolverse á dejar sus casas y las antiguas comodidades de Pátzcuaro, á quien miraban como á hechura suya, y como una tierna memoria de su primer obispo y padre D. Vasco de Quiroga. Alegaban que el santo prelado habia escogido aquel lugar por divina revelacion. En efecto, era fama comun que solicitó el Sr. D. Vasco de un lugar á propósito para establecer su silla episcopal, y recorriendo para este efecto su diócesis, llegó á Pátzcuaro, donde no halló mas que un carrizal á la falda de una pequeña altura. Pasó allí en oracion gran parte de la noche, y sobrecogido del sueño, se le apareció el Dr. de la Iglesia S. Ambrosio, diciéndole, que dejase allí su residencia: se cree, que al golpe de su báculo brotó á la falda de aquel montecillo un ojo de agua, saludable y cristalina, de que se provee todo el lugar, y á cuya educacion milagrosa, fuera de la comun tradicion, favorecen no pocas de las antiguas pinturas. El suceso pareció mostrar que habia sido del cielo la eleccion. Los indios, en número de mas de treinta mil, dejaron con gusto sus pueblos por venir á establecerse en la nueva ciudad. Los mas de los españoles, que desde el tiempo de Cortés, bajo la conducta de Cristóbal de Olid, se habian establecido en Tzinzunza, se pasaron á Pátzcuaro, que se hizo desde entónces el centro de todo el comercio, y como la corte de Michoacán. A pesar de la contradiccion de los antiguos capitulares, que ya eran pocos en el cabildo que se juntó para explorar, segun el tenor de las bulas, su consentimiento, quedó resuelta la traslacion por la mayor parte de los vocales. Leyéronse luego las reales cédulas, en que S. M. mandaba se trasladase á Valladolid el alcalde mayor, justicia y regimiento de Pátzcuaro. La nueva metrópoli no distaba de allí sino siete leguas al Este Surveste. Hasta entónces no habia sido sino un ruín cortijo con ocho ó diez casas de españoles, y dos conventos de S. Francisco y S. Agustin. Esta ciudad, pretendien algunos, haberla fundado el maestre de campo, Cristóbal de